GT 43: Problemas y debates sobre historia del siglo XIX en el Río de la Plata

Los Guaraníes misioneros y el artiguismo. Federalismo e Igualdad

María José Bolaña

Introducción

El siguiente trabajo plantea un acercamiento al estudio de los motivos que llevaron a los guaraníes misioneros a identificarse con el proyecto artiguista, en el proceso revolucionario rioplatense durante el período de 1815 a 1820.

Siguiendo el planteo de los historiadores Machón y Cantero, «… Los misioneros constituyeron una de las principales bases de sustento del proyecto federalista impulsado por José Artigas»[1]. A partir de esta afirmación es importante lograr comprender qué llevó a los guaraníes a identificarse y luchar con la causa de los «orientales»[2]dentro del proceso revolucionario rioplatense, donde se generó un escenario de luchas internas contra imperios y entre facciones. A su vez, visualizar el papel que los pueblos misioneros tuvieron en el proyecto político, económico y social del artiguismo, según Machón «como centro geopolítico de su sueño de la patria grande, en la que tendrían que actuar y participar no sólo la Banda Oriental y las Provincias del litoral, sino también el Paraguay y las Misiones Orientales»

Los guaraníes misioneros

Antes de la llegada de los padres jesuitas, a principios del siglo XVII, los guaraníes que se habían instalado en la región del Alto Paraná y Uruguay, eran semi sedentarios, vivían de la caza, la pesca, la recolección y practicaban una agricultura subtropical elemental con una variada cantidad de productos. Su sistema de plantación contribuía a la riqueza natural porque desarrollaban un ciclo itinerante y semi sedentario de las prácticas agrícolas. Un ejemplo es la plantación de mandioca, la que manteniéndola en el suelo no perdía sus características alimentarias, por lo tanto no tenían la necesidad de practicar el almacenamiento. Según Furlong[3] los padres jesuítas se quejaban del escaso espíritu previsor de los guaraníes, porque no sabían administrar sus bienes para cuando escaseara,

1 Machón, J., Cantero, D., «Misiones provincia federal. 1815-1821», pág. 18

2 Utilizo este término en el sentido que lo plantea la historiadora Ana Frega » orientales»… Refería a los nativos o habitantes de esta Provincia, pero fundamentalmente representaba una comunión de intereses en torno a los objetivos de la revolución, antes que una identidad territorial que, por otra parte, no estaba definida.» «Pueblos y soberanía en la revolución artiguista», pág. 320.

3 Furlong, Guillermo, «Misiones y sus pueblos de guaraníes»

obviamente la falta de ese hábito se debía a una forma distinta de relacionarse con el medio en que vivían y de practicar su economía.

El grupo básico social estaba conformado por familias numerosas que tenían un fuerte sentido solidario y practicaban la comunidad de bienes. Además, entre los indígenas de la región se respetaba el coto de caza de cada pueblo. La satisfacción de las necesidades personales, dentro de los pueblos, era obligación de la comunidad, cada uno tomaba de la masa común de bienes lo que necesitaba.

Este espíritu familiar y de comunidad, muy arraigado, se observará luego, también, en el proceso revolucionario, cuando durante las movilizaciones de los hombres para la lucha militar, sus familias los acompañan. Por ejemplo el historiador Poenitz relata que para Belgrano uno de los problemas de su ejército en las Misiones en la lucha contra la junta realista del Paraguay, en 1810, eran las deserciones guaraníes, se quejaba de que los indios no podían ir sin sus mujeres. La «chusma», como llamaba la sociedad criolla a los nativos y sus familias, demostraba un sentido de la lucha militar muy distinta de la del ejército profesional, donde la guerra y la comunidad conforman mundos separados.

La autoridad política la constituía el cacique de cada tribu elegido en asamblea, según describen Reyes Abadie y Vázquez Romero, este cacique «… era depositario del poder, no el dueño, pues la misma asamblea que lo había elegido podía destituirlo. Por eso, el poder verdadero residía en la asamblea, que tenía facultades amplísimas, legislando sobre bienes, producciones, relaciones con otras tribus y, también, la guerra.»[4] Para la elección del cacique se tomaba en cuenta su oratoria, «justicia, sagacidad y valentía»[5]. En los momentos de guerra, las ciudades-fortaleza donde vivían las tribus se confederaban reuniéndose en asambleas integradas por los jefes de la ciudad y de las tribus.

Los jesuitas sabrán utilizar esta organización política para implantar los cabildos y corregidores, que siendo organismos ocupados por nativos, estaban ligados a la administración colonial española, bajo control de los sacerdotes misioneros.

Grandes conocedores de los ríos, lagunas y esteros para sus desplazamientos, y del espacio que los rodeaba (montes, sierras, valles), siendo este su fuente de recursos y de refugio natural conformaba una estructura esencial de su cultura. Se puede observar que la espacialidad para la cultura guaraní, como para muchas culturas americanas, por la forma de relación que entablaban con el medio, conformaba, antes de la conquista y colonización, un elemento de continuidad vital e histórica. La tierra es la base del sustento para una población campesina y de la posibilidad real de su libertad. Es importante considerar estos elementos a la hora de comprender sus opciones revolucionarias junto a Artigas, que también observó Belgrano en 1810, cuando planteó en su

4 Reyes Abadie, O., Vázquez Romero, A. pág. 127
5 Idem

«Reglamento para el Régimen Político y Administrativo de los Pueblos de Misiones» «A los naturales se les darán gratuitamente las propiedades de las suertes de tierra que se señalen»[6].

Las características culturales de los guaraníes van a transformarse durante la etapa jesuita por medio de un proceso de aculturación que duró 200 años, sin embargo lo singular del mismo es que los religiosos respetaron algunos elementos importantes de su cultura para su mejor evangelización. De esta forma, la lengua, la organización política y económica de la comunidad, a través del gobierno propio en manos de los nativos, y la conservación de la propiedad comunal junto a la familiar (Tupambaé, abambaé respectivamente), son elementos identitarios que se mantienen y que también van a ser claves para entender la situación de los pueblos misioneros luego de la expulsión de los jesuitas y su papel en el proceso revolucionario rioplatense.

En 1810, Belgrano planteaba que la lengua guaraní era un obstáculo a la hora de la organización militar, de ahí que, a pesar de su respeto a la lengua nativa como derecho de estos pueblos, «en todo iguales a los españoles que hemos tenido la gloria de nacer en suelo americano»[7], plantea la imperiosa necesidad de la enseñanza del español y de la alfabetización. Por lo tanto dispone, que «Aunque no es mi ánimo desterrar el idioma nativo de estos pueblos, pero como es preciso que sea fácil nuestra comunicación, para el mejor orden prevengo que la mayor parte de los Cabildos se han de componer de individuos que hablen el castellano,….»[8] Los recursos recaudados en los pueblos deben ser utilizados en gran medida para «…las escuelas de primeras letras, artes y oficios»[9].

Desde la concepción liberal del siglo XIX, las lenguas son un obstáculo para la construcción de la «nación» en el «estado moderno». En el proceso revolucionario de independencia rioplatense, que recién comenzaba, los proyectos de estado van a ser uno de los elementos de confrontación política, y en él la mayoría de los guaraníes optaran junto a sus jefes por aquel que respete su identidad y gobierno propio. Así se dirigía Andrés Guacurarí a Chagas, comandante portugués, en 1816: «… Estos territorios son de los naturales misioneros a quienes corresponden el derecho de gobernarse, siendo tan libres como las demás Naciones.»

Las medidas que buscó implementar Belgrano responden en gran medida a las ideas inspiradas en principios liberales de un sector político de la junta de mayo, sector que perderá poder en el gobierno bonaerense. Belgrano será derrotado por Paraguay y la junta bonaerense le entregará a este gobierno el departamento de Candelaria y Santiago. Esta derrota y pérdida territorial para los guaraníes misioneros, junto a la invasión lusitana van a ser experiencia acumulada por estos pueblos para inclinar su apoyo a Artigas y su proyecto revolucionario.

6 Belgrano, Manuel, artículo séptimo del "Reglamento para el Régimen Político y Administrativo de los Pueblos de Misiones", 30 de diciembre de 1810. Tomado de Machón-Cantero "Andrés Guacurarí y Artigas", pág. 46.

7 Idem. Art. Cuarto, pág. 46.

8 Idem. Art. 19, pág. 49.

9 Idem. Art. 13, pág. 47

Un espacio en movimiento

La frontera caracteriza la región donde vivían los guaraníes y los habitantes de la Banda Oriental del río Uruguay. Territorio de disputa desde la colonización del siglo XVII entre dos imperios: España y Portugal, y territorio de establecimiento y tránsito de diferentes poblaciones, más allá de las líneas demarcadas jurídicamente.

Siguiendo el planteó de la historiadora Frega: «Resulta muy enriquecedor (…) encarar el estudio de la región atendiendo al doble carácter de la frontera —zona de exclusión y de interrelación— y, en la definición de las unidades políticas, considerar tanto las normas y mecanismos de represión impuestos desde los centros políticos-administrativos, como las formas de resistencia y adaptación generadas en los espacios fronterizos.»

La región de los 30 pueblos misioneros y la Banda Oriental, desde el Alto Paraná hasta el Río de la Plata, conformó en la época colonial un espacio de encuentro y disputa que favoreció un intercambio material e inmaterial y de mestizaje entre grupos muy diversos (charrúas, minuanes, guaycurúes, afrodescendientes, españoles, criollos, portugueses), y un lugar de conflicto político, jurídico-administrativo y militar que caracterizaron el proceso revolucionario y las diferentes opciones políticas de grupos y sectores sociales.

Durante el colonialismo, en el período jesuita y después, los guaraníes habían tenido que soportar el ataque constante de los bandeirantes paulistas a sus poblaciones en busca de gente para esclavizar. La relación con los españoles y criollos fue variada, durante el periodo jesuita se trató de aislarlos, por razones de seguridad y evangelización, con su expulsión, en el período de la temporalización (separación del poder religioso y civil), el gobernador Bucarelli implementó una serie de reformas en las que los pueblos guaraníes pasaron a depender de funcionarios de la corona, manteniendo sus autoridades locales y autorizando a los españoles a comerciar con ellos. A fines del siglo XVIII, si bien hay una expansión del comercio de la yerba mate y el cuero (productos explotados por los guaraníes sobre el río Paraná a través de la agricultura, y en el departamento de Yapeyú, entre los ríos Uruguay y Negro, por medio de las vaquerías), se generó un proceso de decadencia de los pueblos misioneros. Esto se dio a través de la enajenación de tierras de guaraníes en manos de administradores blancos, la transformación de muchos de ellos en peones y sirvientes de los mismos, y un intenso movimiento migratorio de la población guaranítica hacia otras zonas del Plata huyendo de la pobreza y de la posibilidad de caer como esclavo en manos de los portugueses. Se dispersaron hacia Entre Ríos, Corrientes, Banda Oriental, Buenos Aires y Paraguay, otros se internaron en la selva. Un gran porcentaje también murió por las epidemias, sobretodo de viruela. Al comenzar el siglo XIX la población guaranítica de las misiones había disminuido considerablemente. Según Poenítz hacia 1768 había 88.828 guaraníes misioneros en los pueblos de Santiago, Candelaria, Concepción, Yapeyú, San Miguel, y en 1801 solo 45.639 los habitaban aún[10]

10 Poenitz, Ed., "Misiones provincia guaranítica", pág.53.

Este proceso de decadencia fue acompañado de las reformas aplicadas por el virrey Marquéz de Avilés, en el período borbónico, que buscaron la centralización administrativa, creando intendencias y sub-intendencias, en un sistema burocrático donde muchos funcionarios corruptos abusaban de los nativos para provecho propio, trabajo comunitario y tributos. El establecimiento de la dependencia económica de la administración general de Buenos Aires y la liberalización del régimen de comunidad, generaron cambios económicos que expusieron la economía guaraní misionera y su organización social al derrumbe. La introducción de productos extranjeros fue socavando la posibilidad de comercializar sus artesanías con otras provincias, con la consiguiente ruina de las mismas, la circulación monetaria fomentó la emigración y el empleo de gran parte de la población guaraní a diferentes regiones del Plata como peones y sirvientes de haciendas.

En 1810 Belgrano los describe de la siguiente forma:

> … hasta ahora se ha tenido a los desgraciados naturales bajo el yugo de fierro, tratándolos peores que a las bestias de carga, hasta llevarlos al sepulcro entre los horrores de la miseria e infelicidad, que yo mismo estoy palpando con ver su desnudez, sus lívidos aspectos y los ningunos recursos que les han dejado para subsistir.

En ese proceso de centralización político-administrativa de la corona española, se produce un intento por frenar el expansionismo portugués en la zona y controlar el contrabando. La región misionera es una región clave para la corona española, sobretodo a partir de 1801 cuando los siete pueblos de las misiones orientales fueron ocupados por los portugueses.

Durante el período jesuita la militarización de la población guaraní fue un reclamo de los religiosos, que las autoridades peninsulares evitaron cumplir, por el miedo que generaba una gran cantidad de población nativa armada para los vecinos españoles del lugar. En esa lucha política los sacerdotes lograron que les dieran armas de fuego y los instruyeron en su uso para defenderse de los mamelucos, por resolución del virrey del Perú de 1646. Así se conformaron las milicias de los pueblos guaraníes como una de las obligaciones de los súbditos para la defensa de los territorios, cuyos jefes de oficiales eran los corregidores elegidos por los cabildos de nativos, y confirmados en sus cargos por el gobernador provincial.

Los pueblos misioneros armados defendieron su territorio del invasor portugués,y del imperio español, cuando sus territorios fueron entregados al imperio lusitano en el Tratado de Madrid de 1750, guerra guaranítica en la que fueron vencidos. La experiencia previno al gobernador Bucarelli, que cuando tuvo que ejecutar la orden de expulsión de los padres jesuitas, en 1768, tomó como rehenes a los caciques y corregidores de los 30 pueblos, además de viajar con una columna militar española y construir un fuerte en el Salto Chico, por miedo a un levantamiento militar de los guaraníes.

Al llegar el siglo XIX, los guaraníes misioneros habían emigrado y poblado otras regiones del Plata. Por ejemplo el departamento de Yapeyú donde poblaron amplias áreas de la cuenca del medio

y bajo Uruguay. Allí la explotación de la vaquería desarrollada desde la época jesuítica, facilitó su adaptación a la vida en las tierras del litoral y de la Banda Oriental. Fundaron pueblos como San Antonio del Salto Chico, Paysandú, Mandisoví, con sus respectivas estancias, otros se sumaron a la población de pueblos ya existentes. Bajo las medidas de defensa de la corona española contra el avance portugués integran el cuerpo de Blandengues de la frontera de Montevideo en 1797 y participan de la fundación de Batoví y Belén.

El artiguismo: tiempo de revolución

Federalismo

En el año 11, mientras los pueblos de la campaña oriental se levantaban en armas contra Montevideo apoyando a la Junta de Mayo, los departamentos misioneros de Candelaria y Santiago estaban bajo jurisdicción paraguaya desde el año 10, los departamentos de Yapeyú, San Miguel y Concepción se encontraban dentro de la jurisdicción de la junta bonaerense y los siete pueblos de las misiones orientales continuaban bajo dominio portugués.

Cuando comienza la invasión portuguesa y las autoridades militares lusitanas se presentan como

«ejército pacificador»[11] al mando de Diego de Sousa, aprovechando la guerra para arrear caballares y vacunos hacia su territorio, dejando a los pueblos misioneros y de la Banda Oriental sin sustento económico y sin caballos, provocan en la población de esas tierras el odio al invasor. Las tropas portuguesas si bien utilizan población local para manejarse en el lugar, no logran concitar la adhesión de las mayorías. La correspondencia militar, según Helen Osorio[12] muestra que los esclavos que huían del imperio portugués e indios guaraníes se unían al ejército oriental. Según la historiadora las fuentes manifiestan la preocupación de que «se van con los porteños»[13], demostrando la importancia de la participación de población riograndense en la revolución rioplatense.

Durante la invasión portuguesa y la emigración oriental que acampó en el Salto Chico del lado occidental con sus familias, el uso de las instalaciones del pueblo misionero de San Antonio para hospital, medicinas y artillería, la ayuda material de los vecinos de la zona, en gran cantidad guaraníes misioneros, para mantener el campamento de un «pueblo en armas» que había tenido que dejar su tierra por los lusitanos, permitió el conocimiento mutuo entre pobladores que, por ahora, tenían dos enemigos en común: Portugal y España.

Los charrúas y minuanes, que se encontraban del lado oriental del Salto Chico, eran la defensa de este campamento contra el invasor portugués.

---

11 Poenitz, Ed. *Misiones provincia guaranítica*, pág. 118

12 Osorio, Helen, "La Capitanía de Río Grande de San Pedro y el Río de la Plata en tiempos de la revolución."

13 Idem.

Estos pueblos eran habitantes de una zona de frontera, que ya se conocían, y muchas veces se habían enfrentado entre sí (por ejemplo los guaraníes con los charrúas por las incursiones que estos últimos realizaban en la vaquería del Yapeyú al igual que los portugueses), pero los avatares de la revolución rioplatense los había llevado al litoral para protegerse del invasor. Estas experiencias ayudan a comprender la conformación de identidades políticas durante esta etapa del conflicto.

Artigas había emigrado del sitio de Montevideo proclamado como «jefe de los orientales» y con el nombramiento del gobierno bonaerense como Teniente Gobernador, Justicia Mayor y Capitán del departamento de Yapeyú en Misiones. Desde el Salto Chico Artigas asumirá la gobernación y defensa de las Misiones y la Banda Oriental frente al invasor, no se instalará en Santo Tomé para no abandonar a su ejército y la población que lo acompañaba, pero enviará correspondencia a los pueblos para que elijan sus autoridades civiles y militares, en base a las instituciones establecidas, corregidores, alcaldes y cabildos.

Sus comunicaciones con Paraguay para obtener ayuda en la defensa fracasan.

En la segunda quincena de diciembre de 1811 su vanguardia al mando de Blas Basualdo tomó la villa de Concepción del Uruguay en poder realista y defendida por un contingente lusitano, también recuperó Belén obligando al invasor a retirarse hasta el Cuareim.

En febrero de 1812 Artigas envío un plan militar al gobierno de Buenos Aries que será rechazado, su objetivo era actuar rápidamente y expulsar a los portugueses evitando que lleguen al Uruguay. La autonomía militar que reclama Artigas para defender el territorio oriental con el único ejército que no depende directamente del gobierno de Buenos Aires genera conflictos con este.

En mayo de 1812 el tratado Rademarker-Herrera firmado en Río de Janeiro por Buenos Aires y la corte portuguesa obligó a los lusitanos a retirarse, quedando sus tropas en la frontera y manteniendo en su poder los siete pueblos de las misiones orientales.

Se detienen las hostilidades portuguesas y Artigas organiza una línea defensiva a lo largo del río Uruguay, desde Santo Tomé hasta el Arroyo de la China, con tropas orientales, milicias guaraníes y el auxilio de tropas correntinas acantonadas en Mandisoví al mando del Capitán Don José de Silva. Fernando Otorgués reforzaba a los guaraníes defensores de Santo Tomé.

En el año 13, desde el segundo sitio de Montevideo, visualizando la posiblidad de un rompimiento con Buenos Aires, Artigas comienza a fortalecer militarmente el Salto Chico, nudo de comunicaciones de la cuenca uruguayense, encomendando a Félix Carrasco que reuniese «toda la gente posible en el Salto Chico», junto con Manduré, Samandú y Escalante. Escribe directamente a[14] Manduré diciéndole: «Alboroten Udes. Toda la campaña, hagan lo que puedan y no dejen de amenazar al Arroyo de la China», lugar de apoyo logístico para los sitiadores de Montevideo. El jefe guaraní cumple inmediatamente el pedido de Artigas, y cuando le llegan quejas del cabildo indígena de Yapeyú por las «tropelías», Manduré le responde a sus integrantes:

14 Poenitz, Ed. *Misiones provincia guaranítica*, pág. 143

«Hermanos, sabemos que Dios nos dotó al criarnos con libertad y sabemos que ante él somos iguales, y lo mismo ante la Ley… Muchos años a que nos han gobernado otros, diríjanse udes. de por sí, y verán si es o no es cierto lo que prevengo a Udes. (que unos gobiernan por interés mientras otros no, y hay que saber establecer las diferencias)… Quiero que conozcan la bandera que podamos enarbolar, y cuál pueda ser el derecho natural sobre la defensa de nuestra libertad, y el derecho que acompaña a todo los Pueblos a ser libres… A nuestro jefe (Artigas) ni a mí me acompaña interés alguno más que el mirarnos que somos unos infelices, y que siempre nos han tenido engañados; esto lo conocemos palpablemente. Pues queridos hermanos, me parece ser tiempo que abramos los ojos y nos quitemos de mandones, y unamos nuestro pensar a una verdadera defensa.»

Las expresiones de este jefe guaraní alfabetizado sintetizan una postura política que resalta la virtud, la igualdad y la libertad como «derechos naturales», haciendo suyas las ideas de una causa que identifica con Artigas. Parece estar claro que la libertad depende del gobierno propio y esa es la causa de la lucha. Los guaraníes de la Mesopotamia habían elegido jefe y se plegaron a su causa porque era la de ellos.

Igualdad

A partir de junio de 1815, la Provincia Oriental está en manos de los artiguistas, y por primera vez se creó una Liga de los Pueblos Libres, llamada también Confederación del Paraná, liderada por Artigas como su Protector.

En 1815 Artigas busca la concreción política de la liga como unión de pueblos libres e iguales a través del Congreso de Arroyo de la China, manda circulares a los pueblos para que envíen diputados, así se lo indica a Andrés Guacurarí:« mande cada pueblo su diputado indio al Arroyo de la China. Usted dejara a los pueblos en plena libertad para elegirlos a su satisfacción, pero cuidando que sean hombres de bien y de alguna capacidad para resolver lo conveniente»

En septiembre de 1815 a través del Reglamento de tierras, la revolución política y social artiguista devolvía a aquellos grupos que por su origen nativo se les había quitado, no sólo el poder de gobernar sus tierras, sino también de vivir en y de ellas a través de su trabajo. Así lo ratificaba en una carta a José de Silva, respondiendo a la queja de los indios sobre el abuso de los administradores en 1815: «Cuando defendemos la Patria recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa, que hasta hoy han padecido por ser Indianos….»[15] En ese mismo sentido, Andrés Guacurarí Artigas, en 1816, convoca a la lucha «…con el fin de dejar a los Pueblos en el pleno goce de sus derechos, esto es para que cada Pueblo se gobierne por sí, sin que ningún otro Español, Portugués o cualquier de otra Provincia se atreva a gobernar, pues habrán ya experimentado los Pueblos los grandes atrasos, miserias y males en los gobiernos del Español y Portugués…»

15 Carta de José Artigas a José de Silva, 9 de mayo de 1815. Tomado de Machón, J., Cantero, D. "1815-1821. Misiones Provincia Federal", pág. 34

Los discursos y proclamas enviados por Artigas o realizados por Guacurarí buscan exaltar a los guaraníes, provocan entusiasmo en ellos para la lucha y forman parte de la estrategia de guerra y liberación. La táctica de montonera y la «guerra de papeles» a través de exhortos para la negociación o amenazas era una forma de buscar primero el diálogo, sobretodo porque se trataba de liberar a pueblos de nativos bajo el dominio portugués o paraguayo (Misiones Orientales, Candelaria), «escriba usted siempre a los amigos de aquel pueblo para ver si forman la revolución según usted les insinuó, o sea hacen la representación que usted les dijo a fin de que tenga yo el más poderoso motivo para auxiliar sus esfuerzos»[16]

Para ayudar a los guaraníes misioneros en el mantenimiento de sus pueblos Artigas envía permanentemente armas, pólvora, ganado, ropa, carretas, uniformes, banderas, almanaques y libros, entre los cuales se encuentra un libro referido a la historia de la guerra de independencia de Estados Unidos. La preocupación por el desarrollo de la región para mantener y lograr el triunfo definitivo de la causa revolucionaria es constante y necesaria para sostener la lucha y conseguir la libertad.

Durante el período de 1816 hasta 1820, en medio de la invasión portuguesa y la guerra de exterminio que esos ejércitos llevan a cabo en los pueblos misioneros, la ocupación de la ciudad de Corrientes por Andrés Guacurarí y sus tropas de guaraníes en 1818, es una experiencia que marca a la sociedad hispano-criolla de la región y hace palpable, en tierras occidentales del río Uruguay, la radicalidad de la revolución artiguista. Así lo atestigua el título de la obra de Fermín Félix Pampín, un importante comerciante español, radicado en la provincia de Corrientes a fines del siglo XVIII, miembro destacado de la elite urbana de la ciudad que la presenció

> Memorias sobre la degradante humillación que Corrientes y su provincia sufrió del Ejército de guaraníes y tápies, al mando de su General Don Andrés Artigas, con una idea de las principales causantes de tantos como irreconciliables males que sufrió da idea de esa desgraciada época hasta el memorable 12 de octubre del año 1821…

El 21 de agosto de 1818 el Comandante General Andrés Artigas realizó su ingreso a la ciudad de Corrientes, el pabellón tricolor había sido izado por el cabildo. Andresito entró a pie y desarmado en medio de sus tropas engalanadas con banderas artiguistas, así lo relatael historiador Machon

> «le precedía un escuadrón de caballería con algunos cañones… luego venía al resto de la comitiva: varios de sus principales comandantes; las tropas de la infantería y el resto de la caballería guaraní, y, cerrando el desfile, desfilaba un grupo de niños guaraníes, recientemente liberados de la servidumbre a la que estaban sometidos».[17]

16 Carta de Artigas desde su campamento de Purificación a Andresito en Santo Tomé ante las amenazas militares del gobierno paraguayo desde Candelaria, aliado al Directorio en la lucha contra el federalismo. Esta alianza era secreta hasta que Artigas interceptó correspondencia de Alvear a Francia que planteaba el intercambió de armas por tropas. Tomado de Machón, J. *Andrés Guacurarí en Candelaria*, pág. 298.

17 Idem. Pág. 154

A la visión terrible que trasmite Pampín sobre la ocupación de Corrientes por los guaraníes, que contribuyó a la leyenda negra de Andresito en la historia correntina y misionera, según plantea Machón, se contrapone el testimonio de las Hermanas Postlethwaite, testigos también de la ocupación, que en sus cartas trasmiten el sentir de la población correntina frente al invasor, sobretodo por los hechos ocurridos unos días antes de la entrada de los guaraníes:

> Se decía que los indios, a medida que avanzaban, venían dando muerte a hombres, mujeres y niños. Esto último no tenía nada de verdad; pero lo cierto es que Vedoya había hecho asesinar cruelmente a todo los habitantes de una aldea indígena, porque se negaron a incorporarsele y a tomar las armas contra Artigas; los correntinos temían, y con razón, que los indios ejercieran venganzas. (…) La entrada del ejército indígena se efectuó en calma y buen orden.

Mientras Andrés Artigas estuvo al mando en Corrientes, investido por Artigas de la gobernación hasta establecer el orden, tomó diversas medidas, entre ellas la liberación de todo los indígenas sometidos al servicio doméstico. Según el relato que construye el historiador misionero Machón, los soldados guaraníes enviados por Andresito secuestraron de las casas de las ricas familias locales un grupo de niños blancos, hijos de los patrones, cuyo número era igual al de los niños guaraníes esclavizados en la ciudad y ya liberados. Al cabo de una semana, Andresito convocó a las desesperadas madres, y tras devolverles a sus hijos sin ningún rasguño, les dijo que esperaba que la experiencia le sirviera de elección para que « recuerden en adelante que las Madres indias también tienen corazón»

Para mejorar las relaciones en la ciudad Andrés Artigas organizó obras de teatros con los soldados guaraníes. A las mismas sólo asistieron las clases populares correntinas, a pesar de que se había mandado invitación a todas las familias de la elite. Andresito tomó esto como una afrenta, «el siete de octubre, al son de tambores, convocó a todo los hombres de corrientes a la plaza central y los obligó a arrancar con las manos los uso que crecían en esa durante todo el día bajo un sol abrasador; a su vez, al atardecer, organizó una fiesta en la que obligó a bailar a las mujeres con los soldado de su ejército.»

Si bien esto empeoró la relación, según las hermanas Postlethawaite «… lo cierto es que los correntinos y particularmente las mujeres, no podían vencer el habitual menosprecio con que miraban a los indios y nada hacían para congraciarse con Andresito a pesar de que se hallaban todos a su merced».

El 23 de marzo de 1819 tras siete meses de ocupación Andrés Artigas y su fuerza guaraníes a abandonan Corrientes, para, según indicaciones de Artigas, ir a liberar a los pueblos de las misiones orientales del dominio portugués.

Esta campaña será un desastre para los misioneros, y si bien logra el apoyo de los pueblos y en cierto momento un avance importante sobre el territorio bajo dominio lusitano, Andrés queda incomunicado de Artigas, que también sufre reveses en la Banda Oriental y es apresado por los

portugueses. Las elites de Montevideo y Maldonado pactan con los portugueses su rendición, quedando la Provincia Oriental que estaba en manos artiguistas sin sus mejores puertos. Las derrotas y traiciones debilitan el bando federal. Ramírez y López negocian con el directorio bonaerense, y el primero va en busca de Artigas para aniquilar sus fuerzas, los jefes de la Banda Oriental como Rivera negocian con los portugueses para establecer la paz en la campaña,

Las provincias de Misiones y Corrientes, frente a esta crisis del federalismo, en el año 20, acuerdan en Ábalos continuar la lucha, «sostener la Libertad e Independencia de estas Provincias contra los enemigos exteriores e interiores en orden a los intereses de la federación»[18], pero las derrotas se continúan.

Las los pueblos guaraníes misioneros y los jefes que aún acompañan la lucha en el bando artiguista, son sucesivamente vencidos. Misiones ve desaparecer sus recursos y sus pueblos por el exterminio perpetrado por los invasores lusitanos en una guerra de exterminio. Las fuerzas de Ramírez y el jefe guaraní Sití persiguen a Artigas hasta que cruza Candelaria y se introduce en territorio paraguayo, donde es apresado con sus soldados.

A modo de conclusión

El tema abordado plantea la necesidad de romper ciertos escollos historiográficos que se han generado en la construcción de relatos nacionales y que han dificultado comprender el proceso revolucionario rioplatense en su complejidad. El relato elaborado por la historiografía nacionalista en los procesos de construcción de los estados americanos ha impedido conocer las relaciones entre ciertas facciones de la revolución que trascienden los territorios «nacionales». Más aún tratándose de pueblos nativos, que al igual que los sectores populares han tenido escasa vos en el estudio histórico de ese proceso.

A la dificultad de las fuentes para el conocimiento de los sectores subalternos en la revolución, se suma el predominio de un relato eurocéntrico, donde la influencia liberal europea se observa como factor clave de las revoluciones del siglo XIX, y también, por que no, de un relato racista, que o no visualiza a ciertos actores, por ser nativos, mestizos o afrodescendientes, o los coloca en un lugar de subordinación pasiva, bajo el mando de un jefe, caudillo o líder.

En la investigación historiográfica actual se vislumbran, desde otras perspectivas, el papel de los sectores populares en la revolución. El desafío es en este momento construir un relato donde las aspiraciones y los proyectos de esos sectores puedan conocer y comprender qué papel jugaron en los dirigentes de la revolución, cómo y por qué se aliaron y alinearon con determinadas posturas dentro de ella.

En el caso de Artigas y los guaraníes misioneros, la alianza por un proyecto común que compartían y por una experiencia de defensa de su territorio frente al invasor parece bastante clara.

18 Idem.

La identificación con la propuesta federal de la «soberanía de los pueblos», el trato igualitario con respecto al resto de la población americana y la posibilidad de recuperar los territorios que habían sido de los pueblos misioneros, con la consiguiente concreción de la entrega de tierras para trabajar parecen haber sido los motivos que los llevaron a adherirse a la causa artiguista hasta el final.

Para concluir este trabajo presento una historia que citada por los historiadores De la Torre y Sala de Tourón demuestra, como luego de la derrota de los «orientales» en la revolución y establecida la invasión portuguesa, quedaba viva en la población nativa la imagen de Artigas, líder de la causa por la que luchaban.

> el 18 de enero de 1821, a menos de un año del definitivo alejamiento de Artigas, el viajero francés A. de Saint-Hilaire se hallaba en tránsito al norte del Dayman. Se encuentra así con indios misioneros que en grueso número no han terminado aún de dispersarse. Saint-Hilaire entonces fue testigo de la adoración que por Artigas tenían los indios: «a pesar de la supresión de la orden —dice el viajero—, el gusto y el conocimiento de la música no se ha extinguido enteramente entre los guaraníes y esta tarde he sido obsequiado con una serenata cuyos artistas no habrían sido igualados, seguramente, por maestros menestrales de aldea. Cuando hubo acabado la serenata, he dado unas moneda a los músicos, y se han ido de inmediato a la taberna. Un instante después les hemos oído cantar un himno que fue compuesto durante la guerra en honor de Artigas. En Europa, esto hubiese sido considerado un crimen; la tolerancia de los portugueses es tal que el Comandante no le ha prestado atención.[19]

En la reforma agraria artiguista probablemente los guaraníes también jugaron un papel clave para su formulación y concreción. Ya que las tierras al norte del Río Negro habían pertenecido a sus pueblos, en el departamento de Yapeyú, durante los últimos años de la colonia fueron entregadas a denunciantes españoles, montevideanos y bonaerense por las autoridades virreinales sin indemnización alguna a sus antiguos poseedores, considerándose tierras realengas.

En el proceso de reparto de tierras que realiza Artigas muchos de sus «agraciados» fueron guaraníes que lucharon con él. Según los historiadores anteriormente nombrados, es muy difícil saber el origen étnico de los donatarios por el cambio de sus nombres, pero es claro que provenían de los sectores marginados en la época colonial, así lo había dispuesto el mismo reglamento de tierras elaborado por Artigas.

La cuestión del federalismo y la revolución social artiguista despertaron los anhelos y las esperanzas de los pueblos misioneros guaraníes, que reclamaban sus tierras y su libertad.

19 De la Torre, J., Sala de Tourón, L., *La revolución agraria artiguista*, pág. 336